

CAPÍTULO UNO

Al inicio de la tarde el calor envolvía la campiña de Virginia. A Amanda le hubiera gustado despojarse de su corsé, los aros, las enaguas y el vestido largo, y correr desnuda por el césped hasta el río. Pero el billete turístico para entrar a Melrose Hall no incluía un espectáculo de *striptease*.

Abrió la puerta principal de la casa e hizo una reverencia.

—Gracias señoras y señores, por su amable atención. Por favor, hágannos el honor de visitar la tienda de regalos antes de marcharse.

La multitud de sus turistas, que olía a crema solar y sudor, se amontonaba bajo la luz del sol. Un niño pequeño la apuntó con su fusil de chispa.

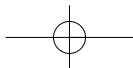
—¡Manos arriba!

—Por favor señor, decidme —replicó Amanda con la más brillante de sus sonrisas y un golpe de abanico—, qué artículos queréis pegar y dónde queréis que los pegue.*

Algunos de los turistas se rieron. Otros la miraron un poco desconcertados.

Todavía sonriendo, Amanda le dio la vuelta al cartel donde se leía SALA ABIERTA por la parte de SALA CERRADA. POR FAVOR, VUELVA

* Aquí hay un divertido juego de palabras que se pierde en la traducción al español, ya que la frase «stick them up» en este caso hay que traducirla como «manos arriba» que es una frase hecha, aunque el verbo «stick» normalmente signifique «pegar».



OTRO DÍA. Cerró de golpe la puerta, cerró con llave, se quitó el gorro de la cabeza, y les anunció a los muros de paneles que había en el vestíbulo.

—¡Hey! ¡Siglo XXI! ¡He vuelto!

Su voz resonó como un eco y se desvaneció. Un peldaño de la escalera crujió. Un montón de folletos se resbaló del borde del aparador de Chippendale e hizo algún ruido al caer al suelo. Las sudorosas raíces de su pelo le hicieron sentir frío en el cuero cabelludo. Dejando a un lado el frío, se dijo a sí misma que en el siglo XVIII sabían hacer bien las casas. Los muros de gruesos ladrillos y las puertas de madera no sólo mantenían fuera el calor, sino también los ruidos.

Amanda se metió el gorro y el abanico en los bolsillos y se agachó con esfuerzo para recoger los folletos que se habían caído. En la cubierta de éstos las palabras MELROSE HALL, LA PUERTA HACIA EL PASADO aparecían coronadas por un trío de retratos de la época: Page Armstrong, el colono patriota que construyó la casa en el 1751. Sally, su hija, la bella de Tidewater, Virginia. James Grant, un oficial británico, deslumbrante con su casaca escarlata y su *kilt* de tartán.

Dentro del folleto había estampas antiguas de Melrose y un dibujo de la batalla de Greensprings Farm, que tuvo lugar en un día de julio parecido a aquél en la travesía de un río cercano. Amanda sintió pena por los soldados británicos con aquellos cuellos altos y las recias casacas, tratando de afrontar la batalla lo mejor que podían a pesar del calor y de los adversarios que se escondían entre la maleza como ardillas homicidas.

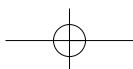
—Uff —dijo una voz detrás de ella—. Me siento como un ravioli al vapor.

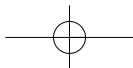
Amanda se giró. Una de las compañeras de actuación estaba bajando las escaleras.

—¡Carrie! ¡Había tanto silencio que pensaba que todo el mundo se había ido!

—Todavía no—replicó Carrie—. He encontrado a dos que se habían extraviado. Un caballero joven y ¿la señora?

Una pareja de adolescentes salió de entre las sombras de la sala de arriba y bajó tímidamente las escaleras. Amanda tuvo que mirarlos dos veces para poder distinguir quién de aquellas esqueléticas fi-





guras con el pelo largo y camisetas era el chico y quién la chica. Es impresionante, pensó, lo que la madurez hacía con el cuerpo masculino. Aunque la verdad era que en los últimos tiempos no había encontrado ningún hombre impresionante. Amontonó los folletos de nuevo en el aparador. Carrie metió la llave y abrió la puerta.

—Lo siento —dijo la chica—. Quise quedarme un momento en la habitación de Sally. Es que ella era tan agradable, tan bonita y todo eso.

—No necesariamente —explicó Amanda, cambiando su papel de personaje por el de profesora—. Los pintores de retratos en los tiempos de Sally pasaban los inviernos pintando cuerpos genéricos y en verano iban de plantación en plantación añadiéndoles las caras. Puede que estuviera picada de viruela, que Page tuviera una nariz roja con granos o Grant las rodillas llenas de nudos y orejas de soplillo.

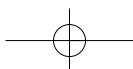
El chico miró por debajo de su pelo cautelosamente, como un animalito entre la maleza y empujó a la chica hacia donde estaba la brillante luz del mundo exterior. Pero ésta se volvió, con un gesto de testarudez en sus labios pintados.

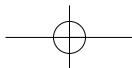
—El folleto dice que Sally y el capitán Grant se enamoraron, pero él fue asesinado en Greensprings Farm, una tragedia, como usted bien sabe.

—¿Y de repente se volvieron extremadamente guapos? —preguntó Amanda.

—Me temo —dijo Carrie en un tono amable y maternal—, que la historia de Grant es probablemente sólo eso, una historia. Igual que la de Sally cuando rechazó la propuesta de Thomas Jefferson. Sabemos por los diarios de Jefferson que él casi ni la conocía. Es verdad que los 71 Highlanders estuvieron alojados en Melrose durante unos diez días. Pero Sally no estaba aquí en esa época. Sabemos por las listas del regimiento que Grant se alojó en este lugar, pero eso no quiere decir que tuviera tiempo para Sally. Seguramente se pasó las horas libres limpiando las hebillas de sus zapatos o empolvándose la peluca.

—Pero Grant subió por esta escalera —repuso la chica— gritándole a sus tropas: «¡Los Yankis están aquí! ¡Los Yankis están aquí!» y cortando la barandilla con su espada.





—Si le gustaba tanto Sally, ¿por qué hacía el vándalo? —preguntó Amanda—. Y quizás había otros oficiales arriba, aunque las tropas estuvieran fuera. Probablemente en dirección del viento.

Al pasar la mano por la sedosa madera de la barandilla, sus dedos detectaron varios surcos, redondeados tras varios años de barnizado.

—El Dr. Hewitt, el arqueólogo, piensa que estas marcas datan de la Guerra Civil. O incluso de un momento posterior, cuando el primo Armstrong vendió los paneles, los balaustres, los cristales y, finalmente, la casa entera.

La chica se encogió de hombros ante aquella clase de método histórico y, cogiéndose del brazo del chico, salió por la puerta con éste como si estuviera imaginándose a sí misma vestida de largo y a él con calzones cortos.

—¡Gracias por haber venido! —Amanda sacudió la cabeza. Simplemente le gustaban las buenas tragedias románticas, aunque le gustaban aún más las novelas románticas con un final feliz. Pero, al final del día, una historia era simplemente eso: una historia.

Carrie miró hacia la puerta.

—¿Sabes?, me alegro mucho de que no nos haya creído. Hoy día hay tan poca gente joven interesada por las historias de amor.

—Todas mis ilusiones románticas han acabado en la basura —le dijo Amanda.

—Es una pena. Cuando llegues a mi edad te vendrán bien unas cuantas.

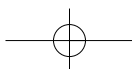
Riéndose, Amanda se volvió hacia las escaleras.

—¿Te vas a casa ahora?

—Sí. Los niños están jugando al béisbol, por fortuna en un campo cercano. Jack tiene que trabajar hasta tarde, así que me he convertido en madre soltera. Te veo el viernes. Esperemos que haya refrescado un poco para entonces.

—¿Por qué quieres trabajar aquí dos días a la semana cuando podrías pasar cinco rodeada de las agradables estanterías de la biblioteca y con aire acondicionado?

—Echaría de menos el placer de trabajar en el Colonial Williamsburg, si no fuera porque tengo que ir disfrazada todo el tiempo. Menos mal que hago de sirvienta y no tengo que llevar corsé.



—Muchas gracias, eso es lo que yo necesitaría precisamente ahora.

Carrie sonrió abiertamente.

—Si quieres algo de la ciudad, dímelo.

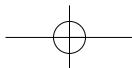
—Claro que sí, gracias. Quiero que los hombres me persigan.

—Adiós. —Carrie desapareció por la parte de la casa donde estaba la cocina.

Melrose se encontraba sólo a unas cuantas millas de Williamsburg, y el coche de Amanda estaba aparcado en un cobertizo para herramientas detrás de la casa. Pero Carrie la había tomado bajo su protección el mes de mayo anterior, justo después de que Amanda entrara en la escuela de doctorado, tras haber hecho una entrevista para realizar las prácticas en la recientemente restaurada mansión. Por supuesto, conseguir las prácticas le había supuesto no sólo convertirse ahora en uno de los personajes, sino también en la portera oficial, y era mejor que se acercara a ver las cortinas arrugadas de la habitación de Sally antes de que el material de las hamacas perdiera intensidad.

El retrato original de Sally estaba colgado en lo alto de las escaleras, resaltado entre las sombras por un rayo de sol. Entre el resplandor, Amanda pudo ver las líneas de la pintura arremolinándose las unas con las otras. Aquel cuadro era un trabajo de encargo. Sally realmente había sido atractiva. Tenía unos grandes ojos azules, rubios rizos, una barbilla delicada y redonda que podía haber sido a la vez recatada y testaruda, y una cintura minúscula que implicaba frecuentes periodos de desazón. Después de haberse casado con un hijo de los Masons, cuyo padre había firmado la Declaración de Independencia, Sally tuvo un montón de hijos y vivió hasta una edad avanzada. Tal vez se habría divertido recordando sus amoríos con algún oficial enemigo, tal vez no. De todas formas, Amanda pasó un mal momento tratando de ver a una trágica heroína en aquel rostro anodino.

Tampoco se vio a sí misma en aquella cara. Sus ojos eran marrones, no azules. Llevaba su rizado pelo oscuro tan corto que tenía que esconder las puntas debajo de un gorro de la época. Su barbilla, lejos de ser delicada, estaba cortada tan inconfundiblemente como sus pó-



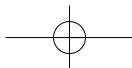
mulos. Con su casi metro setenta de altura era probablemente más alta que Sally y, si el retrato era preciso, no tan regordeta como ella. Aunque el corpiño en forma de cono del traje del siglo dieciocho resultaba un primitivo Wonder Bra, y por esto Sally (igual que Amanda) llevaba un chal llamado «pañoleta» remetido por el gran escote.

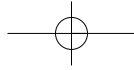
Con la barbilla levantada, Amanda entró en la habitación de Sally e hizo crujir la tabla del suelo hasta llegar a la ventana. Al lado de ésta había una mesita con algunos bordados, un dedal y el retrato original del capitán Grant, una miniatura de su rostro y su torso vestido de rojo. Al menos según aquella pintura, éste había tenido los rasgos de un héroe romántico. Una peluca blanca hacía resaltar los irónicos ojos oscuros que parecían saber lo que la gente estaba diciendo de él a sus espaldas. Amanda se preguntaba de dónde habría venido aquel cuadro, que realmente podría haber llegado a inspirar algunas fantasías.

Miró por la ventana con los ojos entornados para evitar el sol. Al final del jardín, un grupo arqueológico estaba trabajando en los restos de la casa de veraneo, cenador o pabellón, dependiendo de qué periodo de la historia estuviéramos pensando. Justo debajo de la ventana había varios hombres y mujeres vestidos de modo sencillo, representando a algunos de los esclavos que habían regado con su sangre, sudor y lágrimas la prosperidad de Virginia.

Detrás de ellos venía Carrie y, a su lado, Wayne Chancellor. Éste ya se había quitado la casaca y el chaleco y estaba haciendo el gesto del lazo del verdugo con su pañuelo atado al cuello. Wayne resultaba tan campechano y tan fuerte como su personaje Page Armstrong —como un elfo Keebler Elf* con los esteroides— aunque a sus veinticuatro años era sólo un año mayor que su «hija» Amanda. Para ser alguien que socialmente todavía no había superado la adolescencia, pensó ella, representaba ceremoniosamente a un hombre de mediana edad vestido de punta en blanco. Pero es que su familia en otros tiempos fue propietaria de Melrose. Se notaba la sangre azul.

* Keebler Elf es una marca de galletas norteamericana.





Dio unos toques en la ventana. Las figuras que se estaban marchando miraron hacia arriba, sonrieron y saludaron con la mano. Wayne hizo una profunda reverencia mientras la peluca gris se le iba resbalando por la frente. Entornó los ojos por debajo de sus gafas como una oveja corta de vista y lanzó besos hacia la ventana.

En tus sueños. Amanda cerró las cortinas y se dio la vuelta. Tropezó debido a que tenía los ojos todavía cegados por la luz, fue trasabillando, se pisó el dobladillo del vestido, y se cayó sobre las manos y las rodillas. La mesa retumbó contra la alfombra que había delante, haciendo que todo lo que contenía se cayera.

—¡Bien hecho, patosa! —exclamó.

Sintió una vibración en la tabla del suelo, un eco de su caída o de los autobuses de los turistas acelerando el motor y empujando la puerta principal, o quizás incluso de un trueno lejano.

Usando el poste de la cama como soporte, Amanda fue arrastrando su pie. Colocó la mesa en su sitio y miró si se había roto algo. Nada, gracias a Dios. Los bordados, el dedal y la miniatura habían aterrizado sin problemas en la alfombra.

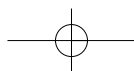
Volvió a colocarlo todo encima de la mesa y luego se puso a alisar el borde de la alfombra, hasta que éste quedó parejo, con los flecos alineados como si fueran soldaditos. Debía de haber tropezado con sus propios pies.

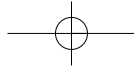
Seguro que había sido eso. Era el momento de volver a la ropa civilizada.

Su apartamento al final del ala de servicio de la casa era un módulo de la época actual, que contaba con televisión, microondas, reproductor de discos compactos, ordenador y la mascota residente de Melrose. Los electrodomésticos estaban en silencio cuando Amanda abrió la puerta, pero el animalito se bajó de un salto del sillón más cómodo de la casa y maulló. Igual que su tocayo, el marqués de Lafayette, éste también esperaba que le obedecieran.

—Sí, Amo, sí, Amo, —le dijo Amanda, y se fue hasta la cocina.

El ruido del abrelatas transportó al gato atigrado gris y negro hasta un éxtasis de afecto. Enredándose no sólo con la falda sino también con el gato, Amanda echó un montón apestoso de productos derivados de carne en un bol que dejó en el suelo. Después de





pasar de ella una vez que hubo conseguido lo que quería, *Lafayette* se dedicó a dar buena cuenta de la comida.

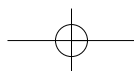
En la habitación, Amanda se quitó el vestido, peleándose con los lazos y los corchetes. Desde luego, si algo había aprendido con aquel trabajo, era que al fin podía entender por qué los aristócratas tenían sus criados personales. Y aún cuando ya estaba vestida con su propia ropa, una camiseta suelta, pantalones cortos y sandalias, se sintió extrañamente desgarbada, con sus gestos más exagerados, los pasos más largos y la voz más potente. Tenía la sensación de ocupar más espacio. Era extraño, visto que el vestido de época estaba hecho con mucha más tela.

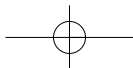
Pero acabó por adaptarse bebiendo un vaso de té helado, solo, sin azúcar. Dejó a *Lafayette* lamiéndose su ya lustrosa piel, cogió su portapapeles y salió de la casa para iniciar el recorrido de inspección que hacía todas las noches.

El sol caía justo encima de los árboles, repartiendo franjas de sombra entre la hierba. Al pie del prado brillaba tenuemente el río James, mientras su orilla lejana se perdía en medio de una húmeda niebla. Las nubes se concentraban en el horizonte. Desde la zona del aparcamiento le llegó el graznido de unos cuervos que, probablemente, estarían peleándose por algunas cortezas de pizza.

Amanda cambió de dirección y observó atentamente la casa. Ninguna de las chimeneas de color rojo teja estaba combada verticalmente, ninguna parte del revestimiento de piedra blanca estaba sucia. La sección principal con dos plantas y media, flanqueada por las alas del servicio de una planta, era un ejemplo del atractivo georgiano. Tres años antes, aquello había sido un desastre, un desmañado pórtico de alrededor de 1850 añadido a la fachada, con la mampostería resquebrajada y la carpintería con marcas o extraviada. Fue entonces cuando los Chancellor tuvieron el buen juicio —y el incentivo de los impuestos— de donar la casa a la Fundación del Colonial Williamsburg.

Amanda recogió unos cuantos envoltorios de caramelos, se los metió en el bolsillo, y se dirigió hacia el extremo de la casa donde se encontraba el ala de la cocina. El sol se deslizaba entre los árboles y un aire frío, mezclado con lluvia le rozaba las mejillas.





Al otro lado de un sendero de grava se encontraba el jardín culinario, donde una serie de hierbas y verduras se hallaban colocadas en ordenadas hileras. Más allá de éste, los jardines normales estaban todavía en reconstrucción. En las terrazas tapiadas con ladrillos cerca de la casa se habían vuelto a plantar rosas y otras flores, pero las que se encontraban al otro lado del paseo de plantas de boj todavía estaban demasiado crecidas, esperando tanto la mano de un arqueólogo del paisaje como la de un banquero.

Amanda observó que había un charco en el camino. Era mejor comprobar el sistema de drenaje. Y... Estiró su cuello hacia las plantas de boj. Los arqueólogos estaban a su alrededor como espectadores en torno a un accidente. Quizás alguien habría sido mordido por una serpiente. Fue andando ruidosamente hasta donde se encontraba aquella gente.

La casa de veraneo en otros tiempos había estado rodeada de una tierra salvaje artificial, árboles y arbustos cuidadosamente plantados para que parecieran «naturales». Ahora era natural con cierta perspectiva. Los arqueólogos se habían metido entre la maraña de arbustos de zarzamora con machetes, y una semana antes sólo habían podido llegar gracias a las palas. Algunos matorrales y unos cuantos árboles rodeaban el lugar. Hojas de todo tipo, incluidas las de zumaque venenoso, se bamboleaban con las fuertes y discontinuas ráfagas de viento. Los insectos zumbaban.

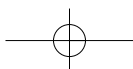
Bill Hewitt parecía una mantis religiosa arrodillada en la zanja hecha en la pálida tierra. Los pelos del bigote le temblaban mientras escarbaba delicadamente con una cuchara. Había una pareja de chicos que trabajaban junto a él con paletas, cepillos y bolsas con artefactos de plástico. El resto del grupo, voluntarios y estudiantes, estaba tan tranquilo que Amanda podía oír su respiración.

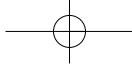
La joven se metió por la parte donde se encontraban aquellas espaldas sucias y quemadas por el sol, y finalmente pudo ver quiénes de ellos eran hombres.

—¿Qué es eso?

Hewitt alzó la vista.

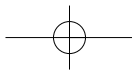
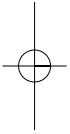
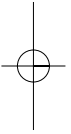
—Ah, señorita Witham. Ha llegado a tiempo. Eche un vistazo. Esto es muy interesante.

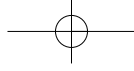




La joven retrocedió. De entre la suciedad, al final de la zanja emergía una serie regular de amasijos oscuros. *Raíces*, pensó Amanda, y después, *No. Huesos. Huesos humanos*.

Cuando se asomó dentro de la tumba, otro escalofrío le recorrió la espina dorsal.





CAPÍTULO DOS

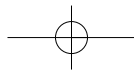
Amanda se dio cuenta de que estaba viendo una caja torácica, un hombro empujado hacia arriba en un extremo y, en el otro, un hueso pélvico curvado hacia arriba del mismo modo. El resto del esqueleto permanecía todavía enterrado. Parecía que el cuerpo había sido enrollado en un agujero excavado de manera irregular, con la cabeza y los pies metidos descuidadamente en la parte más profunda. Estaba claro que alguien no había tenido ningún respeto por la muerte...

Bueno, al menos ese alguien lo había enterrado. O la había enterrado. Si no, los animales que hurgan en la basura se habrían ocupado de aquellos huesos. ¡Qué manera de terminar! Amanda se enderezó y apartó un mosquito que estaba tratando de posarse en su nariz.

—...drenad aquí —estaba diciendo Hewitt—. Es tierra seca. Ha conservado los huesos. Y espero que también la ropa o los efectos personales para que podamos determinar su antigüedad.

—¿Quiere que llame a la policía? —preguntó Amanda—. ¿O los huesos son lo bastante viejos como para estar fuera de su jurisdicción?

—Se lo notificaremos, por supuesto. Pero estos huesos son muy antiguos. Se trata de un tema arqueológico, no judicial. Aparte de las legalidades habituales que hay que seguir al remover restos humanos.



—Había gánsteres pasando ron en la Bahía de Chesapeake en los años treinta —dijo alguien—. Quizás se trate del aduanero al que se cargaron.

—Buscaremos en los archivos.

—Los Chancellor estaban por aquí en los años veinte —dijo Amanda—. La casa de veraneo ya por aquella época se encontraba en ruinas.

—Es verdad.

—Puede que los huesos pertenecieran a un esclavo —sugirió alguien.

—El cementerio de esclavos está por allí. —Hewitt señaló hacia la fila de dependencias más allá del jardín culinario—. Los africanos se aseguraron de que sus amigos y parientes tuvieran unas tumbas dignas. Casi siempre les ponían trozos de cerámica y la decoración típica de las tumbas.

—¿Se podría tratar de un indio anterior a la colonización de los europeos? —preguntó uno de los estudiantes—. O alguno de los colonos anteriores que muriera en el ataque indio de... cuando fuera...

—1622 —dijo Hewitt.

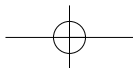
—¿Y los Armstrong casualmente dispusieron su casa de veraneo junto a él? —replicó uno de los ayudantes de Hewitt—. No, apuesto a que este cuerpo es posterior a 1751, que fue cuando se construyó Melrose.

—Este tipo de arquitectura paisajística —comentó Amanda—, con las terrazas simétricas y los pequeños edificios de recreo, era muy típico alrededor de 1770.

Hewitt se levantó, quitándose partículas de suciedad de sus manos.

—Esta noche lo cubriremos con un plástico. Tenemos que volver mañana temprano con la luz del día. Saquemos todo el cuerpo. Habrá que quitarlo de aquí, por la reconstrucción de la casa de veraneo y todo eso. La parte más difícil es la de la identificación, legalmente y todo lo demás. Quizás tengamos que recurrir al Smithsonian.*

* La Smithsonian Institution es un complejo de museos con la mayoría de sus instalaciones en Washington D.C. y fue fundada para el aumento y la difusión de los conocimientos.



—¿Y si el resto del cuerpo no estuviera aquí? —preguntó una de las estudiantes—. ¿Y si hubiera sido descuartizado?

—Nosotros somos científicos. Deja el sensacionalismo para los tabloides. —Los negros ojos de Hewitt le lanzaron a la chica una mirada fulminante, y ésta se quedó callada—. Extendamos el plástico y preparémoslo. Vamos.

Amanda se preguntó cómo debía incluir aquello en su resumen diario, ¿en «características asociadas?». Pero el hacer un informe oficial era responsabilidad de Hewitt. Ella sólo tenía que anotar la existencia del cuerpo. Como un objeto, no como una persona. Con una mueca de simpatía dirigida a aquel cadáver desconocido, pasó a través del grupo de estudiantes y se dirigió a la casa.

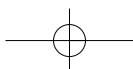
El sol se puso, dejando una fina y gris penumbra. Aparecieron unas cuantas nubes en el cielo del oeste. Sobre sus cabezas pendía una luna reluciente en cuarto menguante, la mitad del disco. Todas las ventanas de Melrose resplandecían ligeramente, como si estuvieran interesadas en la escena que estaba teniendo lugar en el jardín.

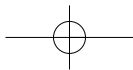
Al pobre hombre, si es que se trataba de un hombre, probablemente le habrían metido en esa tumba improvisada a altas horas de la noche. Amanda pensó en Scarlett O'Hara disparando al soldado yanqui y enterrándolo en el patio de detrás de su casa. Sin hablar de todos los cuerpos de la vida real que se podrían encontrar en los rincones menos esperados de los campos de Virginia. A lo largo de los años se habían producido las suficientes batallas como para formar una armada de esqueletos.

Amanda cerró la puerta exterior detrás de ella y encendió los focos externos. Pensó en el poema de Robert Frost, donde el esqueleto del hombre asesinado estaba fuera de la puerta, con dedos calcáreos que se arañaban la calcárea calavera...

—Esto es todo lo que he conseguido por ser una empollona en inglés —le dijo a *Lafayette*, que estaba esperando junto a la gatera que había en la puerta del apartamento. Éste inclinó la cabeza hacia ella. Si hubiera tenido cejas, las habría arqueado.

Volvió la siguiente página de su portapapeles e inició su recorrido por el interior, con *Lafayette* a su lado como un general de inspección. El salón, el comedor, la sala de visitas (aquellos muebles co-





rrespondían a la época), las puertas del ático y del sótano se encontraban cerradas, y los deshumidificadores estaban funcionando. Ahora ya pudo escuchar un trueno auténtico, un murmullo que subía y bajaba junto con el sonido de sus propios pies.

Cerró la puerta de su apartamento y puso el sistema de alarma. Cuando se dirigía a la cocina sonó el teléfono.

—Melrose Hall, Amanda Witham.

—¡Amanda! —exclamó la profunda voz de Wayne—. ¡Acabo de enterarme de lo del cuerpo!

—Ha sido rápido.

—Bill Hewitt viene a cenar con mi madre y conmigo esta noche, ya sabes, por lo de la beca para el diseño de jardines. Pero ha llamado para decir que han encontrado un cadáver detrás de la casa de verano y que llegaría tarde. ¿Lo has visto? ¿Es tan asqueroso como los de Expediente X?

—Para nada —replicó Amanda, y añadió para sí misma, *gracias, las referencias literarias fueron suficientes*—. No son más que huesos.

—¿Tienes miedo? ¿Quieres que vaya allí a hacerte compañía?

Como si no se hubiera dado cuenta de lo que quería decir con aquello, le contestó.

—Tú vives a unos cuantos bloques de la Iglesia de la Parroquia Buton y su cementerio, ¿tienes miedo?

—Ésos son cuerpos legítimos. Enterrados con los rituales apropiados y todo lo demás.

—¿Y eso qué cambia?

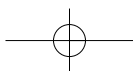
—Cambia que los que no son enterrados como es debido no descansan en paz...

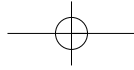
—Gracias por pensar en mí, Wayne. Pero todo está bien.

—Bueno, si estás tan segura... ¡Voy, mamá! Entonces mañana veré a mi pequeña, ¿de acuerdo, Sally?

—Buenas noches, Wayne. —Amanda colgó el teléfono con cara de enojo.

El cuerpo del jardín trasero sería una buena excusa para invitar a algún chico a casa, si hubiera conocido a alguno más interesante que Wayne. No es que Wayne fuera desagradable. Era un encanto





grande, adorable y patoso que debería pasar un semestre en una escuela de entrenamiento. La fortuna de su familia le hacía uno de los solteros más casaderos de Virginia, pero no era su falta de madurez lo que le hacía seguir siéndolo, sino su madre.

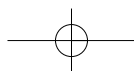
Era una pena que la casa de veraneo ya no estuviera cuando Cynthia aparcó su escoba en Melrose. La idea de ésta tomando té con el dedo meñique extendido a unos cuantos pasos de un cadáver absolutamente indecente le hubiera hecho sonreír con regocijo, si no fuera porque estaba pensando que aquel cuerpo también había sido un ser vivo con sentimientos que probablemente había tenido un final espantoso.

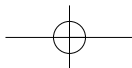
Abrió la ventana de la cocina, la sala de estar y el dormitorio, y puso en marcha los ventiladores del techo. No tenía permitido el aire acondicionado (su abultada forma habría estropeado el aspecto de la casa), pero la tormenta que se iba acercando envió como anticipo una fría aunque húmeda y rancia brisa, que agitó el aire turgente. *Lafayette* se colocó en el alféizar de la ventana de la sala de estar, con su cola tapando artísticamente el ordenador del escritorio que había debajo.

Amanda se calentó en el microondas una lasaña congelada y la acompañó con una ensalada. Aquella noche definitivamente se pondría a trabajar un rato. Después de todo, ésa era la razón por la que estaba desempeñando aquel trabajo, aparte de lo atractivo que éste resultaba. Tenía un apartamento, estaba ganando dinero y consiguiendo experiencia para su currículum mientras hacía su tesis acerca del aspecto socioeconómico de los objetos históricos. Le gustaban aquellas noches largas, tranquilas y solitarias. Disfrutaba estando sola. De verdad.

Un trueno resonó más cerca y unas cuantas gotas de lluvia comenzaron a golpear el tejado. La brisa agitó la piel de *Lafayette*. Amanda vio las noticias locales mientras comía, y estaba limpiando los restos cuando *Lafayette* se despertó de repente de su siesta y miró por la ventana, moviendo la nariz nerviosamente y con las orejas tiesas como antenas.

¿Algún conejo? Se preguntó Amanda. ¿Un ciervo? El jardín culinario atraía a todo tipo de fauna silvestre...





Todos los pelos del cuerpo de *Lafayette* estaban erizados. Saltó del alféizar de la ventana, desparramó los papeles del escritorio, y se tiró de cabeza al sofá dejando sólo a la vista su cola, que parecía un cepillo para lavar biberones.

A Amanda le picaba la nuca. Apagó la televisión y las luces, y miró por fuera de todas las ventanas, una por una. Más allá del halo que rodeaba la casa debido a la iluminación de los focos, la noche era negra como la boca de un lobo. Tenía la impresión de que estaba en un escenario tratando de comprobar la audiencia que había. Desde el dormitorio sólo podía ver una parte pequeña del césped, silenciosa y vacía. Desde la ventana de la cocina logró divisar unas ramas de árboles moviéndose con el viento. La ventana de la sala de estar daba al sendero de grava, al jardín culinario y a la primera terraza. Las gotas de lluvia manchaban los ladrillos y la brisa se hacía más fría por momentos.

Quizás había alguien ahí afuera. Uno de los estudiantes de Hewitt, gastándole una broma. O alguien con motivos más siniestros. Los muebles de la casa incluían algunos objetos de primera calidad. Así que, si alguien trataba de entrar, las alarmas despertarían hasta a los muertos...

Las alarmas harían venir a la policía, se corrigió Amanda. Cerró las espesas tablillas de madera de las persianas venecianas y encendió de nuevo las luces. Después marcó el número de los otros dos porteros, una pareja mayor que vivía en una casa pequeña en la parte en que el camino de entrada llegaba hasta la carretera principal, un buen barrio a una milla del propio Hall.

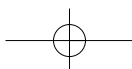
—No, —respondió la señora Benedetto a la pregunta de Amanda—. Nosotros no le hemos abierto la puerta a ningún bicho viviente. Pero puede que alguien haya saltado la verja.

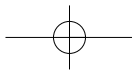
—¿Usted cree? —Amanda podía oír todo lo que se decía en la comedia de la televisión de los Benedetto. Aunque hubiera pasado por debajo una banda de metales, ellos no se habrían dado cuenta.

—¿Quieres que llamemos al servicio de seguridad, querida?

—No, no se preocupe. Siento haberles molestado.

La lluvia tamborileaba fuera, sonando como cuando la gravilla se resbala y se desliza debajo de unos pies al tropezar. Apareció un rayo. Amanda trató de mirar por el filo de la persiana de la ventana, espe-





rando al siguiente relámpago. ¡Ya está! En el repentino resplandor pudo ver todos los árboles y todos los ladrillos perfectamente definidos hasta el final de los aleros del bosque. Fuera no había nada ni nadie.

Amanda parpadeó ante la imagen reflejada de las terrazas del jardín y el paseo de madera de boj. El llevar aquel corsé todo el día le había cortado la sangre que llegaba hasta su cerebro. Estaba incluso un poco confusa. Dio un resoplido mientras ponía un CD clásico y se sentó en su escritorio. Con la tormenta que se iba acercando, aquella noche no encendería el ordenador. Trabajaría en su resumen.

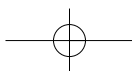
Vale. Las velas, por ejemplo, tenían un uso tanto tecnológico como socioeconómico; servían para alumbrar, sí, pero también resultaban útiles para algunas situaciones, como una cena con invitados, o para señalar una ocasión especial, como una tarta de cumpleaños. Después había ropa que al mismo tiempo cubría el cuerpo e indicaba una clase social. Como la aristocrática Sally con sus corsés y los diminutos corchetes y botones, dando claras muestras de que con lo único con lo que ésta podía haber trabajado era con su mente, no con sus manos. Y ésa era la división continental de la sociedad de Virginia.

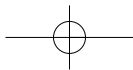
El problema estaba en que los mismos aristócratas inventariaban sus bienes, compraban libros con grabados, y escribían cartas cotilleando sobre moda, llevando al incauto investigador a pensar en la cultura como un conjunto...

El marco de la puerta que llevaba hasta el resto de la casa resonó y la gatera tembló. Amanda los miró. Presión de aire debido a la tormenta. Nadie podría haber abierto una de las puertas del exterior en el Hall. Incluso alguien simplemente con una llave habría puesto en funcionamiento las alarmas. Y desde donde estaba ella podía ver el panel de la alarma con las luces verdes encendidas. Todos los sistemas estaban bien.

Se volvió hacia su cuaderno, preguntándose si Abigail Adams* con sus corsés podría haber sido remotamente considerada la Gloria Steinem* de su época; o Mary Shelley, mientras escribía Frankenstein abrochada hasta la barbilla...

* Abigail Adams era la esposa de John Adams, el segundo presidente de los Estados Unidos, y Gloria Steinem es una escritora y activista norteamericana.





La habitación desapareció bajo una ráfaga de luz blanca que se fue tan rápidamente como había llegado. La música se detuvo a la mitad. Amanda tenía los ojos abiertos como platos cegada por la total oscuridad cuando el trueno explotó en su cabeza. ¡*Joder!* Un relámpago se había cargado el transformador que había cerca de allí. Menos mal que no había encendido el ordenador. Menos mal que tenía una linterna. Tratando de contener su corazón, se levantó de la silla y recorrió a tientas la habitación.

La linterna estaba en el armario de la cocina. La cogió y fue llevando el círculo de luz por la estancia. *Lafayette* había ocultado su cola y estaba totalmente escondido. Las gotas de lluvia caían sobre el techo, disminuían y dejaban de caer. Un viento frío hacía que las persianas golpearan los marcos de las ventanas.

El teléfono todavía funcionaba. Llamaría a los de la electricidad, pero se puso a considerar las opciones que tenía. Si había alguien fisgoneando alrededor de la casa, ahora tendría la oportunidad perfecta para entrar. Las puertas estaban cerradas, sí, pero sería muy fácil romper una ventana. Su presencia no impediría que un ladrón se llevara del comedor el juego de té de plata, o que un vándalo destrozara las copas de vino de cristal que había en la librería, pero aun así se suponía que ella tenía que vigilar aquel lugar.

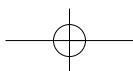
Amanda abrió la puerta de su apartamento y se detuvo a escuchar. Unos ruidos secos resultaron ser gotas de lluvia en el exterior. El viento era un suspiro en la distancia. La casa estaba tan silenciosa que los oídos le zumbaron como si estuviera estuchando a través de una caracola con los compartimentos llenos de aire fétido...

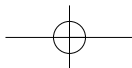
No. Espera. De algún lugar de la casa llegó un débil estrépito. Algo se había caído. Algo se había volcado. *Estupendo.*

Miró de nuevo hacia el sofá. Un par de ojos dorados disgustados captaron la luz.

—Gracias por tu ayuda —murmuró la joven. Los ojos del gato se desvanecieron.

De ningún modo iba a llamar pidiendo ayuda antes de analizar la situación. Metiéndose el teléfono en el bolsillo de sus pantalones cortos, fue andando de puntillas hasta el vestíbulo. Dio un paso, se detuvo y escuchó. Nada. No venía ningún ruido de donde estaba la plata, ningún cristal roto. Dio unos cuantos pasos más y llegó hasta





la puerta que iba desde el ala del servicio al resto de la casa. Muchas de las puertas del Hall habían crujido. No pudo recordar si ésa había sido una de ellas.

Encendiendo la linterna y conteniendo la respiración, dejó la puerta abierta. Todo estaba tranquilo. En el otro lado se encontraba el pasillo situado entre la biblioteca y el salón. La oscuridad era tan intensa que Amanda sintió que podía haberla cogido a puñados. Siguiendo a tientas su camino, fue andando lentamente hacia el vestíbulo. ¿No era aquello el ruido de alguien que raspaba? No podía decir si venía de la parte de arriba o se hallaba delante de ella.

Las puertas del salón y de la biblioteca estaban cerradas, tal y como ella misma las había dejado. Escuchó a través de ambas. Nada.

Con un pequeño golpe, que sonó tan fuerte como una explosión, atravesó la puerta que llevaba al vestíbulo. Puso su oreja contra la madera. Silencio. No había viento, ni lluvia, ni objetos que se caían, sólo el silencio total de una tumba.

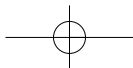
¡Contrólate!, se ordenó a sí misma Amanda, y puso su mano en el pomo de la puerta.

Después escuchó la respiración. Una respiración pausada, irregular, como la de una persona vieja o enferma. O la de alguien que trataba de estar muy, muy quieto.

Amanda esperó un momento, tratando de respirar ella misma. Muchos de sus amigos trabajaban en agradables edificios de oficinas iluminados. Pero no, ella tenía que estar encerrada en una vieja casa oscura con alguien... con algo...

Venga, mira ya, y luego marca el 911. Lentamente y con cuidado, giró el pomo y abrió la puerta durante la fracción de un segundo. Cuando la abrió entró un aire frío que le puso la piel de gallina. Desde su posición estratégica pudo ver casi todo el vestíbulo. Si había alguien allí estaría en la oscuridad.

Pero no, no estaba oscuro. Las ventanas del otro lado de la puerta principal eran rectángulos de una luminiscencia muy pálida y muy tenue. Las nubes tenían que estar desvaneciéndose fuera. Y aun así, ésa no era la luz que alumbraba los paneles y hacía que se distinguieran los colores rojos y dorados de la alfombra turca. Un frágil resplandor surgía del pie de la escalera, pero Amanda no pudo ver ese lugar. ¿Qué...?



Levantó la linterna, que era del tamaño de la porra de un policía y casi igual de pesada, pero no la encendió. Empujando la puerta para abrirla, dio un paso en dirección al frío del exterior. Primero puso un pie y luego el otro. Las barandillas reflejaban líneas verticales en la nube de luz plateada. Sin una linterna, ni una vela...

Amanda se balanceó en la parte delantera de sus pies, preparada para correr, dispuesta a sacar su improvisada arma. Cerró los ojos durante un momento y después los volvió a abrir.

Aquel resplandor se oscureció y se solidificó. Era del tamaño de un ser humano. Tenía la forma de un ser humano, con cabeza, cuerpo y piernas. Y todavía Amanda podía ver los bordes de los escalones indistintamente a través de la forma de aquella cosa, de aquel hombre. Un cálido suspiro disipó el frío de la habitación, y sintió un olor a whisky.

Dios mío. Dio un paso hacia atrás, desprevenida, y bajó la linterna.

El hombre estaba en el cuarto escalón contando desde abajo, sus piernas abiertas con las medias de cuadros y el *kilt* verde y azul por encima de las rodillas. El reflejo de su casaca era de color rojo y el del chaleco, blanco, como si éstos estuvieran iluminados desde dentro. Alrededor de su regazo llevaba una funda de espada vacía.

Tenía que ser un truco. Una proyección, efectos especiales. Stephen Spielberg habría ido allí para probar algún material... No hay luz, se recordó Amanda a sí misma.

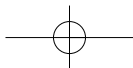
El soldado alzó su mirada desde la funda de la espada, y sus ojos se encontraron con los de ella.

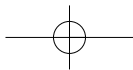
Este tipo había tenido un mal día.

Sus ojos eran de un color gris azulado ahumado, sus oscuras cejas unidas y arqueadas tenían la misma expresión que un niño delante de un examen de álgebra. El cabello rojo oscuro le caía sobre la frente. Su rostro era diáfano resaltado por la luz en la oscuridad. Amanda reconoció aquel rostro. Lo había visto una y otra vez en pinturas y grabados. Era el capitán James Grant, que después perteneció, mucho después, a los 71 Highlanders de su Majestad.

Este tipo ha tenido unos cuantos siglos malos.

Quizás si le enfocaba con su linterna se desvanecería. Pero sólo consiguió verlo mejor, demasiado bien... De nuevo cerró los ojos. Contó hasta cinco, mientras veía los píxeles de la electricidad estáti-





ca detrás de sus párpados. Cuando los volvió a abrir el hombre todavía seguía allí, y aún la estaba mirando.

Los labios de éste se movieron, lanzando algo parecido a un graznido. Frunciendo el ceño, hizo una mueca y lo intentó de nuevo. Su voz era como de terciopelo.

—¿Habéis visto acaso mi espada, muchacha?

La voz de la joven sonó como la de un cuervo.

—Ah, no, no lo la he visto. Lo siento.

—Yo diría que se la ha llevado el enemigo... Sinvergüenzas. No merecen hablar con un caballero.

Como si ella fuera a discutirlo con él.

Pronto las cejas del hombre se suavizaron. Sus ojos comenzaron a mirar a Amanda desde su cabeza, fueron bajando hasta los dedos de los pies y subieron de nuevo. Levantó un lado de la boca.

—Disculpadme, señora. Me parece que os he interrumpido mientras os aseabais. Si deseáis acabar de vestiros...

—No os preocupéis. Ehhh... —su formación como intérprete se puso en marcha—. No creo que nos hayan presentado.

El hombre trató de levantarse y lentamente se volvió a sentar.

—Debo solicitar de nuevo vuestra indulgencia, señora. Soy James Grant de Dundreggan, a vuestro servicio.

—Amanda Witham de Chicago. Al vuestro, supongo. —*Esto no me está ocurriendo a mí. Yo no estoy aquí dándole conversación a un fantasma.*

—Y esto es Melrose Hall, ¿no? En la colonia de Su Majestad en Virginia.

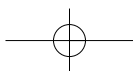
—Esto es Melrose, sí.

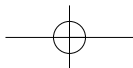
—Dios sabe que la batalla ha tenido que ser especialmente dura, estoy... cansado.

Y no estaba bromeando.

Las pestañas le caían sobre los ojos. Con un gemido se desplomó sobre la funda vacía de la espada. El pálido resplandor que había a su alrededor se debilitó, haciendo que los colores de su uniforme parecieran menos intensos.

Amanda dio un paso hacia él. La ventana de enfrente se llenó de luz y el sistema de alarma comenzó a sonar. Todo el cuerpo de la joven se estremeció.





Ya no había nadie allí. El vestíbulo estaba iluminado sólo por los focos del exterior. La escalera subía inexpresivamente hasta el segundo piso. Amanda recorrió a galope tendido los pasillos que llevaban a su apartamento, cerrando de golpe las puertas detrás de ella.

Todas las luces estaban encendidas en la sala de estar y la cocina. Se lanzó al panel de control y cortó el ensordecedor chirrido de la alarma. El repentino silencio hizo que los oídos le zumbaran.

No, era el teléfono que sonaba. Primero los Benedetto, después la policía. No, no, explicó Amanda, un rayo rompió un transformador y, cuando volvió la electricidad, ésta puso en marcha la alarma, no, todo estaba bien, gracias de todas formas.

Colgó el teléfono. Con las rodillas temblando y la cabeza que le daba vueltas, fue tambaleándose hasta el sofá y se dejó caer allí.

No había visto a aquel hombre, sólo se lo había imaginado. Había sido un efecto de la luz. De la oscuridad... Nada de aquello había ocurrido. No podía haber ocurrido.

Lafayette rezongó desde debajo del sofá y la miró con reproche. Ella le devolvió la mirada.

—Se trata del cuerpo del jardín, ¿no? Tú le oíste llegar, desde la casa de veraneo hasta las escaleras que él recordaba.

El gato no parpadeó.

—Pero, ¿qué diablos está haciendo James Grant en un hoyo del suelo en el jardín de Melrose?

El gato se desperezó y bostezó.

—Lo he visto de verdad, ¿no? No he perdido el juicio. No estoy loca. Lo he visto.

Amanda estaba recostada sobre el cojín, mirando al techo. Había visto una casaca escarlata, una funda de espada vacía y un mechón de pelo rojo oscuro cayendo sobre un rostro perplejo. Había oído a un cultivado barítono que decía: *Disculpadme...*

Él había estado allí. Lo había visto. Y para nada tenía las rodillas llenas de nudos ni orejas de soplillo.

Amanda miró a *Lafayette*.

—Como si tú fueras un testigo digno de crédito... Sí, es verdad.

El gato se sentó y comenzó a lavarse la cara, sin comprometerse con nada.

